

## La COVID-19 y yo

Sara Ares Blanco

Especialista en Medicina Familiar y Comunitaria

CS Federica Montseny. Madrid

No sé cómo decir esto, siempre decimos que la realidad supera la ficción, pero nunca me imaginé que tanto. Si rememoro estos casi tres meses de cuarentena, solo puedo decir que lloré más veces de las que hubiera querido. Lloré de tristeza, de indignación y esboqué una pequeña sonrisa de alivio al ver ciertas pruebas superadas. No pensé que se podían vivir las emociones con tanta intensidad en tan poco tiempo y dejando tantas huellas.

La primera huella empezó aquel domingo por la mañana cuando empecé con un dolor abdominal extraño que quise ignorar, pero que horas más tarde, junto con otros síntomas, me trajo a la realidad. El SARS-CoV-2 no era ya una rueda de prensa o una consulta de respiratorio, estaba vivo, vivo en mí. Esa sensación de estar en un vuelo con turbulencias, no sabía si iba a desabrocharme el cinturón al llegar o si saldría volando en mil pedazos. Todas esas series de pacientes, todas esas preguntas sobre la enfermedad estaban ahora conmigo. Dejé de leer los números de enfermos y muertos, no podía vivir pensando en todas esas personas que, como yo, estaban esperando ver en qué lado de la lista caerían. Los aplausos de las 8 de la tarde sonaban agradecidos, pero vacíos. Nunca quise ser una heroína, nunca quise practicar la medicina superheroica<sup>1</sup> que vendía la prensa. Vacíos por la escasez de medios técnicos y humanos, por no poder ofrecer una cama a tantos y por ver cómo los sanitarios caíamos uno tras otro como piezas de ajedrez. Vacíos porque la solidaridad entre comunidades autónomas no funcionó, porque dependíamos de la solidaridad de los ciudadanos y porque los que tenían en sus manos cuidarnos con sus decisiones, no lo hicieron.

Recuerdo también cuando volví a trabajar, el ver qué pacientes ya no estaban con nosotros y la sensación de haberles fallado, de no haber estado con ellos. La sensación de haber cuidado todas sus patologías crónicas para que la COVID-19 se los llevé por delante sin poder despedirme o darles la mano. Recuerdo cuando le dije a una de mis pacientes que tenía neumonía, contárselo a 2 metros de distancia, pensar en ella con lágrimas en los ojos porque no volvió. Pensar en los ausentes, escribir sus nombres para recordarles. Estaban con nosotros. Pensar en los presentes, en los que lloran hoy a sus familiares con un circo mediático intolerable para los que no podrán abrazar a los suyos. El hacer un duelo sin velatorio, sin cuerpo, por WhatsApp, el escucharlos llorar por teléfono, el ser la médica que no quiero ser por estar al otro lado del teléfono sin mirarles a los ojos. Nada te prepara para semejante cantidad de dolor, solo el silencio de las calles vacías parece un fiel acompañante de esta realidad.

Pero también hacer el duelo personal a la vida que llevábamos, a la vida cotidiana que salía o viajaba. Esa vida que hoy ha desaparecido. La misma que hoy solo lleva coleta, sin pendientes, sin reloj, con uniforme blanco, con EPI y con marcas en la cara al terminar la consulta de respiratorio. La vida que volverá, pero que no será igual por mucho que la primavera esté aquí.

1. Benedicto Clara MS. No todo es clínica Un gran poder conlleva una gran responsabilidad : sobre el (alter) ego heroico de los médicos. [AMF. 2019;15\(2\):73-7.](#)